

# ILLUSTRATION

## NON PLUS ULTRA



### FEBRERO

Sol 4, 2'10. L 5'10

|    |    |              |
|----|----|--------------|
| 1  | M. | S. Ignacio   |
| 2  | H. | Pur. N. Sra. |
| 3  | T. | S. Elias     |
| 4  | V. | • Andrés     |
| 5  | S. | Sa. Agueda   |
| 6  | D. | • Dorotea    |
| 7  | L. | S. Remual.   |
| 8  | M. | • Juan       |
| 9  | M. | Sa. Polon.   |
| 10 | J. | S. Guiller.  |
| 11 | V. | • Saturnia   |
| 12 | S. | • Modesto    |
| 13 | D. | Sa. Catali.  |
| 14 | L. | S. Valentín  |
| 15 | M. | • Faustino   |
| 16 | M. | • Elias      |
| 17 | J. | • Alejo      |
| 18 | V. | • Simcón     |
| 19 | S. | • Conrado    |
| 20 | D. | • Eleuteri.  |
| 21 | L. | • Felix      |
| 22 | M. | • Pascasio   |
| 23 | M. | Sa. Marg.    |
| 24 | J. | S. Matías    |
| 25 | V. | • Cesáreo    |
| 26 | S. | • Faustino   |
| 27 | D. | • Lázaro     |
| 28 | L. | • Román      |

# SUSCRICION

Semestre. . . 3 Ptas.  
Año. . . . . 5'50 id.  
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.  
ESCUDELLERS 5, 7 y 9  
Barcelona

Núm 22

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 3 Febrero 1887

Año I NÚMEROS SUELTOS.

10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.

De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cent. de peseta \* Núm. suelto 10 cent. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

## ¡YA PASÓ UNO!

Dijo bien el que dijo que la vida pasa como un soplo. Aun estoy escarbándome los dientes para quitarme los resíduos que entre ellas dejó el pavo de Navidad, y me atruenan todavía los oídos las zambombas que saludaron el nacimiento de año nuevo, y el almanaque que en la pared de mi despacho se ostenta como una especie de *Mane, Thecel, Phares*, ya me dice que de las doce hojas que componen la alcachofa que se llama año, Saturno se ha comido una.

Frescachón, y á veces mal humorado, ha pasado por delante de nuestras puertas el señor de Enero, y en pos de él siguió Febrero, mes enano y revoltoso que en cuatro brincos se pondrá de la otra parte, para ceder el paso al señor de Marzo, y así sucesivamente.

Y vamos á ver, ¿qué hemos ganado con haber mantenido relaciones durante treinta y uno días con el señor de Enero? En primer lugar, y prescindiendo de los racimos de sabañones con que ordinariamente obsequia este caballero á sus favorecedores, nos ha puesto la difteria y el catarro á la orden del día, y nos ha remitido un abundante surtido de corizas y gastralgias, que mal año para los galenos si desean cosa mayor. En segundo lugar, y no contando menudencias tales como la cuenta del casero, y otras fruslerías, nos ha traído el encarecimiento de comestibles subidos á tanta altura, que hacen pensar seriamente en los procedimientos de Succi y de Merlatti.

Esto en lo económico. En cuanto á lo político, no quiero acordarme de ello, porque sería cosa de reventar de espanto practicar recuento de los cañones y de los soldados que nos ha dejado dispuestos para hacer en la primera ocasión gigote de unos cuantos centenares de miles de desventurados que así entienden lo que es cuestión de Oriente y derecho internacional, como yo caldeo.

Respecto á literatura, tampoco le debemos cosa mejor. En Madrid han hecho fanatismo dos ídem de Echegaray, los cuales según las señas que de ellos se nos han dado, son de lo más inofensivo en su género.

En Barcelona hemos tenido también nuestros estrenitos. La Compañía que dirige el señor Palencia, compuesta, amén de su discreta y concienzuda señora, de apreciables ac-

tores cuya mayor gracia consiste en formar un buen conjunto, nos ha cantado los números musicales con que el maestro Chueca adornó la letra de *La Gran Vía*, que levantó grande entusiasmo en Madrid.

En el Liceo ¡válgame Dios! han echado *Der Freischütz*, de la misma manera que pudieran haber echado peladillas de arroyo.

En el *Teatre Catalá* se ha estrenado *Batalla de Reynas*, drama publicado algunos años há en un periódico de esta capital, y que si se prescinde de ciertas infantiles candideces de argumento, de ciertos rebuscamientos de frase, en una palabra, sino se para mientes en que lo que hacen y dicen los actores, no lo pudieron hacer ni decir los personajes que representan, es obra que merece ser oída (no digo vista, para no levantar falso testimonio á la compañía del *Teatre Catalá*) aunque solo sea para admirar una vez más la fecunda inventiva, y la gallarda pluma del primer dramaturgo catalán.

Y dicho esto, nada tengo que añadir tocante á los demás teatros á quienes perdone Dios el daño que causan á las personas nerviosas, no contentos aún con los puyazos que al arte prodigan con bárbara complacencia.

Como que ni en escultura, ni en arquitectura nada notable hemos visto, pues no merecen los honores del recuerdo algunos yesos y barros retorcidos, á los que se ha dado el nombre de estatuas, y algunos proyectos que de todo tienen ménos de originalidad, hacemos punto para exclamar, por vía de epítonema, que el mes de Enero sólo ha servido para regalar catarros y sabañones, que Dios conceda por muchos años á los malos cantantes y á los malos pintores, y á quien los desee y alabe.

JUDAS T'ADEO

## HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campaña

(Continuación)

En batallar tan rudo transcurrieron seis semanas tan hoscas, tan sombrías, cual si todas vivido las hubiese postrado en lo hondo de insondable sima. Una tarde (¡ay de mí, ay de mí triste, que no cegaron antes mis pupilas!)

una mujer, medio velado el rostro,  
penetró en mi taller, y con gran prisa  
una carta poniéndome en la mano,  
--«Es para V.» me dijo enternecida.

Al tocar el papel, sentí en el pecho,  
no sé si como un aguijón de víbora,  
ó como el golpe de impetuosa lava,  
algo violento que agitó mis fibras.

Rasgué con ansiedad el fino sobre:  
antes de leer la carta vi la firma,  
y, ¡Luisa!!! exclamé, quedando atónito  
como si el mundo me cayera encima.

Con la vista nublada y sollozando  
mejor que lei, adiviné estas líneas:

«Fernando: Cuando á tus manos  
llegue esta triste misiva,  
mi alma que gime cautiva  
en los grillos del dolor,  
ya se hallará en los espacios  
gozando vida más pura,  
y mi cuerpo en la clausura  
del sepulcro corruptor.

Permite á esta pobre mártir  
que tan infeliz te ha hecho,  
que desde el mísero lecho  
en que agonizando está,  
levante un débil gemido  
para pedirte llorando  
un dulce perdón, Fernando,  
que no merece quizá.

Yo no sabría morirme  
sin de tí alcanzar clemencia,  
porque siento en mi conciencia  
algo que me da inquietud;  
y no quiero que recuerdes  
nunca á Luisa con sonrojo,  
y no quiero que tu enojo  
flote encima de mi ataud.

Con la faz desencajada  
ante mí viniste un día,  
y con voz de idolatría  
recordáste me tu amor;  
yo ceñida á mis deberes  
no di oído á tus lamentos  
y dejéte á mil tormentos  
entregado mi rigor.

¿Piensas tú acaso que entonces  
no vertía amargo llanto  
que brotaba con espanto  
desde lo hondo de mi sér?  
¿Piensas tú que no pugnaba  
por venir tras tí sin calma  
dentro el pecho inquieta el alma  
de esta misera mujer?

¡Ay! no creas que cegada  
de la pompa al falso brillo  
nuestro amor puro y sencillo  
me arrojase á despreciar;  
ni imagines que olvidase  
una de aquellas veladas  
tan dulcemente pasadas  
al abrigo del pinar.

Cuando tú de mí dudando  
me tachabas de perjura,  
maldiciendo mi hermosura  
y el amor que te cegó;  
ocultando á todo el mundo  
la amargura que me ahogaba,  
¡qué tristes días pasaba  
entre alegres fiestas yol

¡Ay, Fernando! tú no sabes  
lo que es martirio en la vida,  
por que al menos dar salida  
podías á tu alicción:

pero yo ¿cómo contarla,  
esclava de inicuas bodas?  
¡ay! ¡si conocieses todas  
las lanzas de mi pasión!

Ahora que la muerte rompe  
con sus descarnados brazos  
de mi existencia los lazos  
y vuelo á la eternidad;  
ahora que libre y serena  
goza el alma de albedrío,  
Fernando, Fernando mío,  
voy á decir la verdad.

Cuando rondaste mi calle  
adiviné tus pisadas,  
y recogí tus miradas  
de la persiana al través.  
Cuando tu amor me contaste  
en la escalera temblando,  
deseos sentí, Fernando,  
de caer llorando á tus piés.

Que yo te amé con delirio,  
con amor tan extremado,  
que alguna vez ser pecado  
tanta ternura temí;  
pues siempre mi pensamiento  
en tu imagen recreando,  
¡ay! con frecuencia, Fernando,  
de Dios me olvidé por tí.

Aquella afectuosa carta  
que en horas de ausencia triste  
imprudente me escribiste  
recordándome tu amor,  
como santo escapulario  
la llevo sobre mi pecho,  
y entre mis manos la estrecho  
en momentos de dolor.

¿Qué importa que de mi cuerpo  
no hayas podido ser dueño?  
el cuerpo es sombra de un sueño  
que no dá dicha jamás;  
el alma donde residen  
las fuentes de la ternura,  
esa, que es eterna y pura,  
es tuya y de nadie más.

¡Ay! siento ya que el espacio  
como un abismo me atrae,  
y en él mi espíritu cae  
entre oleajes de luz,  
y siento sobre mis ojos  
helada y oscura nube,  
y que al cielo mi alma sube  
desclavada de su cruz.

Adios, Fernando adorado;  
adios, mi amor, y perdona  
á la que, si te abandona  
en horrenda soledad,  
antes de hundirse en la tumba  
en su ataud se incorpora  
para decirte que ahora  
va á amarte en la eternidad.»

Como el murmullo de lejana fronda,  
como los ecos de la noche sordos,  
como esos sonos lánguidos que eleva  
el mar durmiendo en las arenas ronco,  
así, acabada de leer la carta,  
caído en postración percibí atónito,  
estas palabras á mi lado dichas  
con débil voz y acento quejumbroso:  
—«¿Qué dice mi señora? ¿que se muere?  
pues sí, señor, se morirá y muy pronto.  
Ayer tarde la pobre, presentía  
que el fin de su existencia estaba próximo.

(Se continuará)



**¡UNA LIMOSIA CABALLERO!**

## LA BARCA NEGRA

La noche era oscura. El reloj de la torre del castillo de Reicheinthal acababa de lanzar al espacio dos vibrantes campanadas, cuando un bulto que se confundía con la negrura del espacio se deslizaba ágilmente por una escala de seda desde una de las ventanas del primer piso, hasta la barca que al pie del muro meciéndose en el río le esperaba.

—Rema! dijo el recién llegado cuando hubo puesto los pies en la embarcación. Y se oyó un acompasado rumor en el agua, y la barca resbaló suavemente por la tranquila superficie del río.

Seguía vogando la barca á lo largo del río siempre con igual velocidad. El viento frío empezaba á tornarse tempestuoso. El caballero Arnanuo de Multser sintió impaciencia, y dijo:

—Aprieta los puños, tunante; ya deberíamos haber llegado rato há.

—Llegaremos, señor; contestó con ronca voz el barquero, cuyas facciones la oscuridad ocultaba por completo.

Pero la barca siguió vogando sin llegar al término de su viaje. El viento cada vez aumentaba en furor. Armando sintió amagos de ira, y dando un puñetazo á un lado de la barca que se inclinó con peligro de volcar, gritó:

—Por las uñas del diablo, que te arrojo al río, si en medio cuarto de hora no dás fin á esta ruta!

El barquero no contestó palabra, y ni siquiera se oyó que apresurase el compás de los remos. La barca, sin embargo, corría como flecha, pero no llegaba á su destino. Notó el caballero que había transcurrido más de media hora, y sin poderse contener se puso en pie rugiendo:

—Ese maldito se habrá desorientado en medio la oscuridad. Ea, basta: atraca la embarcación á la orilla.

—Un momento;—repuso el barquero—desde aquí ya se ve el palacio.

Efectivamente el día dejaba vergonzosamente escapar filtraciones de tenue claridad por entre las nubes que el viento no cesaba de rasgar, y á favor de este tímido crepúsculo se veía cubierto con las nieblas del río la mole de un soberbio castillo.

Pero la barca corría, y no llegaba al castillo.

—Será menester que empuñe yo los remos;—dijo Armando, y dirigiéndose al barquero añadió—ea, dame eso!

Entonces observó que el barquero era un hombre de atlética estatura, torva mirada, rostro oculto por espesa, negra y desgredada barba, y rícos miembros. Armando vivamente sorprendido, le preguntó:

—¿Quién eres?

—Soy el padre de Janin; el pobre chico se puso malo mientras al pie del palacio de Reicheinthal aguardaba que tu dejases los brazos de la condesa Elfrida, y vine á sustituirle.

Armando se mordió los labios con rabia al oír el nombre de la castellana, y murmuró:

—Mucho sabes, para que te deje vivir.

De repente el caballero arrojó una espantosa blasfemia.

—¿Qué es eso? ¿Dónde me llevas?—gritó poniendo la mano en su puñal.

—Allí—contestó friamente el barquero, y le señaló el castillo.

Instintivamente Armando siguió con la vista el punto que le indicaba el barquero, y quedó mudo de terror. Por un momento creyó volverse loco. En lo alto de una almena del castillo acababa de ver pendiente de una cuerda su propio cadáver, que el viento balanceaba y los grajos picoteaban lanzando feroces alaridos.

—¡Estaré soñando!—dijo al cabo repuesto de su espanto.—Barquero: ¿qué castillo es ese, y qué muerto es el que pende de aquel torreón?

—El castillo es Reicheinthal; el muerto eres tú.

Armando quedó aterrado. Porque realmente el cuerpo que se balanceaba sobre el abismo parecía reflejo de su propio cuerpo, y aquel castillo era el en que había pasado la dulce noche en amoroso delirio.

Al ver la bandada de cuervos que arrancaban pedazos de carne del muerto, lanzó Armando un horrible grito, al que el barquero contestó con una estridente carcajada. Y la barca empezó á hundirse en las aguas. Y el castillo se hundía también con la barca. Y el barquero seguía con su sardónica carcajada.

Las olas del río se encorvaban sobre la frente de Armando formando negra bóveda, por la cual miraban las últimas estrellas de la mañana como fosfóricas pupilas.

De improviso la cuerda que sostenía el cadáver se rompió, cayendo el ahorcado en el río, en el cual abrió ancho y profundo agujero, por el cual se precipitó la barca, arrastrando con ella á Armando y al barquero.

En aquel momento se vió en una de las ventanas del castillo de Reicheinthal asomar cautelosamente una dama, que con esfuerzo desesperado arrojó al río un cadáver, hecho lo cual, volvió á cerrar presurosamente los vidrios de colores.

Era que, despues de una noche de pasión con Armando, había despertado encontrando á este caballero muerto á su lado.

Lo que Armando había visto, lo vió en la fiebre de agonía que precedió á su muerte.

JUAN MARTINEZ.

## LA VIDA

Nace el mortal y se encuentra  
en el campo de la vida,  
sin saber á su venida  
con qué condiciones entra.  
Mudo en sí se reconcentra  
el día que ve llevar  
un cadáver á enterrar,  
y voz funesta le advierte,  
que en aquello, que es la muerte,  
cuanto vive ha de parar.

Conozco sobrado bien,  
si atento al origen subo,  
que lo que principio tuvo  
fin debe aguardar también.  
Más ¿por qué nevar la sien  
que rízos de oro ha lucido?  
¿Por qué torpe y dolorido  
volver el añoso brazo?  
Muriera el viejo á su plazo  
sin morir envejecido.

Suframos que la vejez  
luche con el cuerpo y vengza;  
pierda la dorada trenza  
Venus y la fresca tez.  
Más con el rostro á la vez  
¿por qué el alma se ha de ajar?  
¿por qué el tesoro agotar  
de sus nobles facultades,  
cuando alcanza eternidades  
la carrera que ha de andar?

Lleve el hombre su razón  
hasta la tumba, conserve  
llama el fuego con que hierve  
su vaga imaginación;  
su memoria en la ocasión  
dígame siempre «heme aquí»;  
mande yo en mi sér, así  
mi fin me hallará resuelto,  
aunque la edad me haya vuelto  
caricatura de mí.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

## último día de la libertad

(Continuación)

PORCIA.—¡Bruto! ¡Esposo mío! ¡Por mi amor!  
BRUTO.—Calla, ó dirán que no eres hija de Catón.  
PORCIA.—¡Soy tu esposa! ¡Te amo!  
BRUTO.—Pruébalo. Vendida pareces á los triunviros, según te esfuerzas en quebrantar mi ánimo. Ea, aparta. *(Se van los generales, dejando sola á Porcia entregada al mayor desconsuelo).*

### II

*(En lo alto de una pequeña colina, Casio rodeado de multitud de capitanes y soldados, mira la llanura, donde suena extrépito de formidable batalla).*

CASIO.—Decidme qué pasa allá abajo, amigos. El polvo del combate ciega mis ojos, y sólo distingo por las llamadas que el sol arranca á los aceros, las ondulaciones de la serpiente.

LUCILIO.—Revueltas andan las haces de tal manera que imposible es distinguir si extienden las alas protectoras sobre las legiones de Antonio, ó sobre las legiones de Bruto aquellas águilas que corren á lo ancho y á lo largo de tu campamento.

MENEAS.—Sobre las de Antonio las extenderán, puesto que atacándonos por el flanco que dejó Bruto descubierto en su briosa embestida, se apoderó el triunviro de nuestras trincheras.

TICINIO.—¡Imposible! Bruto, no encontrando con quien pelear en el desbaratado ejército de Octaviano, ha retrocedido sin duda buscando á Casio para juntos acabar de una vez con la insolencia del triunvirato. Es menester que bajemos á reunirnos con nuestros amigos.

MENEAS.—Me opongo á tu parecer. Aunque Bruto hubiese derrotado el numeroso ejército de Octaviano, no le habría dejado Antonio, desembarazado de nosotros, retornar al campamento sin grande combate.

CASIO.—¡Cuánta sombra en los ojos! ¡Y cuánta duda en el pensamiento! Desvanecámoslas enseguida. Ticinio, mi bien amado amigo, anda, y mira acertando la distancia, qué cuerpo de ejército es ese que al pie de esa colina se mueve. Si de Bruto es, correremos en su auxilio y nuestra será la victoria; que fuerza y ánimo nos quedan para conquistarla y merecerla. Si es de Antonio ¡ay, todo se habrá perdido!

TICINIO.—Los Dioses sean conmigo. Casio, no desesperes, ni te arriesgues hasta que yo vuelva á desvanecer las dudas que nos envuelven. *(Sube á caballo, y baja la colina).*

CASIO.—Amigo del alma, que Marte te sea propicio. Vosotros, compañeros, requerid las espadas para emplearlas otra vez en la matanza, contra los enemigos si la victoria aun no nos ha abandonado, ó contra nosotros mismos si los hados nos son funestos. Y en tanto, seguid con la vista á Ticinio.

MENEAS.—Por su vida temo, Casio.

CASIO.—¿Qué estás diciendo?

MENEAS.—Sí, porque todo me indica que Bruto ha sufrido mayor desastre que nosotros.

LUCILIO.—Pues allá lejos fuertemente parece se pelea todavía, según el rumor que llega.

MENEAS.—Rumor que puede ser crujido de armas y són de tambores y trompetas, que celebran la victoria.

LUCILIO.—Fatídico estás, Meneas. Muy valerosas se te figuran las legiones enemigas.

MENEAS.—Ojalá yerre yo, Lucilio: que me acicatea el pecho ansia de acabar con esas tres aves de rapiña que pretenden arrojar del Capitolio las águilas de la República.

CASIO.—Amigos míos, Ticinio llega ya cerca el escuadrón que ocupa las tiendas de Bruto. Atended.

LUCILIO.—Es verdad, es verdad. Y descabalgá.

MENEAS.—Ved los soldados le rodean, y se apoderan de él. ¡Oh, desgracia!

LUCILIO.—Dice verdad, Meneas. Ticinio ha caído prisionero. Soldados de Antonio son los que miramos.

*(Se continuará)*

## FEBRERO

Placer en el corazón,  
locura en la fantasía,  
en el aire la armonía  
del brindis y la canción,  
mucha danza en el salón,  
mucho disfraz lisonjero,  
mucho ocio, poco dinero  
los días con viento y nieves,  
las noches suaves y breves:  
tal es el mes de Febrero.

### AVISO IMPORTANTE

Quedan reimpresos los números agotados. Nuestros favorecedores á quienes falte algún ejemplar ó deseen la total colección, pueden dirigirse á nuestros corresponsales ó directamente á esta Administración, acompañando el importe en sellos á razón de 15 céntimos por cada número atrasado, serán servidos á vuelta de correo.

La colección de 21 números tiene un total aproximado de 250 láminas y 100 columnas de texto.

## NUESTRAS LÁMINAS

### ¡UNA LIMOSNA, CABALLERO!

Salieron á gozar las caricias de un hermoso sol de invierno, montados en charolada carretela los aristocráticos esposos rompiendo por el pasco más lujoso y concurrido de la ciudad, sin dignarse dirigir una mirada á la gente de á pie, como quien pasa ignorando que haya alguien que pueda pasear con el auxilio de sus remos.

Acababa el marido de saludar con aire de protección á un joven vizconde agregado á cierta embajada, y acababa la esposa de dedicar la más leve pero más graciosa y expresiva de sus sonrisas á otro joven título de Castilla que pasó haciéndolo galopar su brioso caballo inglés, cuando se estendió por entre los dos consortes una extraña sombra. Volver ambos la cabeza, y arrojar una exclamación de espanto, fué cosa instantánea.

Era un mendigo que sin anunciar su visita se había encaramado en el estribo del carruaje, sombrero en mano con sonrisa estúpida murmuraba «una limosna, caballero!»

El caballero que era senador del Reino llamó á un polizón para que quitase aquel sucio moscardón que afeaba las pomposas galas de la señora y la aterrorizaba. El polizón se llevó al mendigo al cuartelillo, y el coche siguió su camino rodeado de una nube de aduladores, especie de mosquitos de alas doradas, que fueron á ofrecer sus respetos á la dama y á interesarse por su preciosa salud que había puesto en peligro aquel miserable perdulario, que, al decir de aquellos «melosos», era merecedor de horca por el inaudito desaoato de pedir limosna para no morir de hambre, á todo un matrimonio paseante en carretela.

Lo singular del lance consistía en que nadie estaba enterado de que aquel pillete era hijo de un modesto artesano que murió dejándole sumido en la mayor miseria, á consecuencia de haber perdido todos sus ahorros que tenía invertidos en acciones de cierta sociedad de la que el senador ofendido era gerente merced á cuya dirección quebró quedando él con algunos millones en el bolsillo.

### ¿QUE ESTARÁ ESCRIBIENDO?

Vaya una pregunta! Mujer joven, hermosa, y sevillana, claro está que si escribe, y escribe á solas, escribirá á su novio y le hablará de las penas que le causa su ausencia. Si pudiésemos echar la mirada por encima de los hombros de la niña y leer lo que el papel dice, de seguro veríamos cosas que nos harían rabiarse de envidia. Esta envidia estaría tanto más justificada cuando esta tan guapa como esbelta joven no es una creación artística, sino un tipo real que encarnara su ser, que se entregara en cuerpo y alma al mortal que valga lo necesario, que ha de ser mucho, para poseer semejante tesoro humano.



**¿Que estará escribiendo?**

Ayuntamiento de Madrid